

SATÍRICOS Y MORALISTAS

El que, atormentado por el generoso demonio de la sátira, pretende decir verdades duras á su siglo, debe, para mejor anonadar el vicio, atacar de frente al hombre vicioso; para castigarle debe nombrarle; pero no puede adquirir ese derecho sino dándose á conocer también á sí mismo. De esa manera se asegura en cierto modo la victoria; pues cuanto más poderoso es su enemigo, más valeroso se muestra, y el poder retrocede siempre ante el valor. Por lo demás, la verdad quiere siempre ser dicha en alta voz, y una chismografía anónima es quizás más vergonzosa que una calumnia firmada. No ocurre lo mismo con el moralista pacífico que no se mezcla en la sociedad más que para observar silenciosamente el ridículo y los errores, todo con ventaja de la humanidad. Si examina á los individuos en particular, no critica más que á la especie en general. El estudio al cual se entrega es, por consiguiente, inocente del todo, puesto que trata de curar á todo el mundo sin herir á nadie. Sin embargo, para llevar á cabo con fruto ese cometido, su primera precaución debe ser la de conservar el incógnito. Por muy buena opinión que tengamos de nosotros mismos, hay siempre en nosotros cierta conciencia que nos hace considerar como hostil la acción de cualquier hombre que viene á escudriñar nuestro carácter. Esa conciencia es la del

Lugar que se siente débil y que se quiere ocultar.

También, si estamos obligados á vivir con aquel á quien miramos como á un vigilante importuno, envolveremos nuestros actos dentro de un velo de disimulo, y su trabajo será inútil. Si, por el contrario, podemos huir de él, le haremos separarse de todo el mundo, denunciándolo como á un importuno intratable. El filósofo observador, á manera de los actores antiguos, no puede representar su papel si no lleva una careta. Recibiremos muy mal al torpe que nos diga:—Vengo á contar vuestros defectos y á estudiar vuestros vicios. Es preciso, como dice Horacio, que ponga heno en sus cuernos; de otro modo gritaríamos todos: ¡alto! Y el que se encarga de explotar el dominio de lo ridículo, tan vasto siempre en Francia, debe introducirse como resbalando en la sociedad, en vez de presentarse en ella, observarlo todo sin dejarse ver, y no olvidar nunca este verso de *Mahoma*:

Mi imperio sería destruído si se reconociese al hombre.

No debe juzgarse á Voltaire por sus comedias, ni á Boileau por sus odas pindáricas, ó á Rousseau por sus *alegorías maróticas* (1). El crítico no debe apoderarse maliciosamente de las debilidades que presentan á menudo los más hermosos talentos, así como la historia no debe abusar de las pequeñeces que se encuentran en casi todos los grandes caracteres. Luis XIV se hubiera creído deshonorado si su ayuda de cámara le hubiese visto sin peluca; Turena, solo en la obscuridad, temblaba como un niño; y es sabido que César temía volcar cuando subía á su carro triunfal.

(1) Lenguaje antiguo de Clement Marot.

En 1676, Corneille, el hombre que no olvidarán los siglos, estaba olvidado por sus contemporáneos, cuando Luis XIV hizo representar en Versalles varias de sus tragedias. Ese recuerdo del rey excitó la gratitud del grande hombre, la inspiración de Corneille se reanimó, y el último grito de alegría del anciano fué quizás uno de los más hermosos cantos del poeta:

Est-il vrai, grand monarque, et puis-je me vanter
Que tu prennes plaisir à me ressusciter?
Qu'au bout de quarante ans, Cinna, Pompée, Horace,
Reviennent à la mode et retrouvent leur place,
Et que l'heureux brillant de mes jeunes rivaux
N'ôte point leur vieux lustre à mes premiers travaux?

Tel Sophocle à cent ans charmait encore Athènes,
Tel bouillonnait encor son vieux sang dans ses veines,
Diraient-ils à l'envi, lorsque Oedipe aux abois
De ses juges pour lui gagna toutes les voix.
Je n'irai pas si loin, et si mes quinze lustres
Font encor quelque peine aux modernes illustres,
S'il en est de fâcheux jusqu'à s'en chagriner,
Je n'aurai pas longtemps à les importuner.
Quoi que je m'en promette, ils n'en ont rien à craindre.
C'est le dernier éclat d'un feu prêt à s'éteindre;
Au moment d'expirer il tâche d'éblouir,
Et ne frappe les yeux que pour s'évanouir (1).

(1) ¿Será verdad, gran monarca, y puedo vanagloriarme de ello, que experimentes placer en resucitarme? ¿Que, después de cuarenta años, Cina, Pompeyo y Horacio vuelvan á estar de moda y recobren su puesto, y que el brillo feliz de mis jóvenes rivales no empañe el viejo lustre de mis primeras obras?

Así Sófocles, teniendo cien años, encantaba aún á Atenas, tanto hervía su vieja sangre en las venas, diríase al envío, cuando Edipo desesperado ganó para él los votos de sus jueces. No iré tan lejos, y si mis quince lustros sirven aun de pena á más de un moderno ilustrado, si los hay envidiosos hasta llegar á sentirlo, no me queda mucho tiempo en que poder importunarlos. Por mucho que espere, nada tienen que temer; es el último brillo de un fuego próximo á concluir;

Estos versos me conmovieron siempre profundamente. Corneille, agriado por la envidia, rechazado por la indiferencia, deja entrever en ellos la orgullosa melancolía de su grande alma. Comprendía su valer, y por eso le era más amargo verse desconocido. Ese varonil ingenio había recibido en alto grado de la naturaleza la conciencia de sí mismo. Júzguese, sin embargo, hasta qué punto los ataques reiterados de esos Zoilos debieron influir sobre sus ideas para conducirle á decir con una especie de convencimiento:

*Sed neque Godæis accedat musa tropæis
Nec Capellanum fas mihi velle sequi.*

Semejantes versos, escritos en serio por Corneille, son verdaderamente un sangriento epigrama contra su siglo.

en el momento de expirar procura deslumbrar, y sólo hiere á la vista para desvanecerse.

ANDRÉS DE CHÉNIER

1819.

Acaba de publicarse un tomo de poesías, y, aunque el autor haya muerto, las críticas llueven. Pocas obras fueron tratadas con mayor rudeza por los *inteligentes* que ese libro. No se trata, sin embargo, de torturar á ningún vivo, de descorazonar á un joven, de apagar un talento naciente, de matar un porvenir, de empañar una aurora. ¡No, esta vez, la crítica, cosa extraña, se ceba, se encarniza con un ataúd! ¿Por qué? He aquí la causa en dos palabras: es que si se trata, en verdad, de un poeta difunto, en cambio es una poesía nueva la que acaba de nacer. La tumba del poeta no logra misericordia para la cuna de su musa.

En cuanto á nosotros, dejaremos para otros el triste valor de triunfar, de vencer á ese joven león detenido en medio de sus fuerzas. Investívese ese estilo incorrecto y á veces bárbaro, esas ideas vagas é incoherentes, esa efervescencia de imaginación, sueños tumultuosos del talento que despierta; esa manía de mutilar la frase, y, por decirlo así, de tallarla á la griega; las palabras derivadas de las lenguas antiguas empleadas en toda la extensión de su acepción materna; cortes extraños, etc. Cada uno de esos defectos del poeta, es quizás germen de algún perfeccionamiento para la poesía. De todos modos, esos defectos no son peligrosos, y se trata de tributar justicia á un

hombre que no disfrutó de su gloria. ¿Quién se atreverá á echarle en cara sus imperfecciones cuando el hacha revolucionaria descansa ensangrentada aún en medio de sus trabajos sin concluir?

Si, por otra parte, se llega á considerar quién fué aquél cuya herencia recogemos hoy, no creemos que la sonrisa asome fácilmente á los labios. Se verá á ese joven, de carácter noble y modesto, inclinado hacia todos los dulces afectos del alma, amigo del estudio, entusiasta de la naturaleza. En ese mismo tiempo, la revolución es inminente, el renacimiento de los siglos antiguos queda proclamado, Chénier debía ser engañado y lo fué. Jóvenes, ¿cuál de nosotros no hubiera querido serlo? Sigue el fantasma, se mezcla con todo ese pueblo que anda con la embriaguez del delirio por el camino de los abismos. Después se abrieron los ojos, los hombres extraviados volvieron la cabeza; no era tiempo ya para volver atrás, pero era tiempo aún de morir con honra. Más feliz que su hermano, Chénier fué á negar á su siglo en el cadalso.

Se había presentado para defender á Luis XVI, y, cuando el mártir fué enviado al cielo, escribió aquella carta; el último recurso del llamamiento al pueblo fué inútilmente ofrecido á la conciencia de los verdugos.

Aquel hombre tan digno de simpatía no tuvo tiempo de convertirse en poeta perfecto; pero, recorriendo los fragmentos que nos ha dejado, se hallan detalles que hacen olvidar todo cuanto le falta. Vamos á indicar algunos. Veamos primero el cuadro de Teseo matando á un centauro:

Il va fendre sa tête;
Soudain le fils d'Egée, invincible, sanglant,
L'aperçoit, à l'autel prend un chêne brûlant,
Sur sa croupe indomptée, avec un cri terrible,

S'élançe, va saisir sa chevelure horrible,
L'entraîne, et quand sa bouche ouverte avec effort
Crie, il y plonge ensemble et la flamme et la mort (1).

Esta obra presenta lo que constituye la originalidad de los poetas antiguos, trivialidad en la grandeza. Además, la acción es viva, todas las circunstancias están bien preparadas y los epítetos son pintorescos. ¿Qué le falta? ¿Un corte *elegante*? Referimos, sin embargo, semejante *barbarie*, á estos versos que no tienen otro mérito más que una irreprochable mediocridad.

Se lee en Ovidio:

Nec dicere Rhætus
Plura sinit, rutilasque ferox per aperta loquentis
Condidit ora viri, perque os in pectore flammæ.

Así imita Chénier. Como maestro. Había dicho de los imitadores serviles:

La noche viene, el cuerpo queda, y huye su sombra.

Ved también estos versos de la apoteosis de Hércules:

Il monte, sous ses pieds
Étend du vieux lion la dépouille heroïque,
Et, l'œil au ciel, la main sur la massue antique,
Attend sa récompense et l'heure d'être un dieu.
Le vent souffle et mugit, le bûcher tout en feu

(1) Va á hender su cabeza; de pronto el hijo de Egeo, invencible, sangriento, le ve, y del altar arrebató una encina ardiendo; sobre su cuerpo indómito, con terrible grito se lanza, coge su horrible cabellera, le arrastra, y cuando su boca con esfuerzo abierta, grita, hace entrar por ella, á la vez, la llama de la tea y la muerte.

Brille autour du héros, et la flamme rapide
Porte aux palais divins l'âme du grand Alcide (1).

Preferimos esta imagen á la de Ovidio, que pinta á Hércules echado sobre la hoguera, con un rostro tan tranquilo como si estuviese recostado sobre el lecho de los festines. Observemos únicamente que la imagen de Ovidio es pagana y la de Andrés de Chénier es cristiana.

¿Quiérense ahora versos bien hechos, versos en los cuales brilla el mérito de la dificultad vencida? Doble- mos la página, pues para citar no tendremos otro obstáculo más que el de elegir.

Toujours ce souvenir m'attendrit et me touche,
Quand, lui-même, appliquant la flûte sur ma bouche,
Riant et m'asseyant près de lui, sur son cœur,
M'appelait son rival et déjà son vainqueur;
Il façonnait ma lèvre inhabile et peu sûre
A souffler une haleine harmonieuse et pure,
Et ses savantes mains, prenant mes jeunes doigts,
Les levaient, les baissaient, recommençaient vingt fois,
Leur enseignant ainsi, quoique faibles encore,
A fermer tour à tour les trous du buis sonore (2).

¿Queréis imágenes graciosas?

(1) Sube; bajo sus pies extiende la piel del viejo león despojo heroico, y vueltos los ojos al cielo, la mano sobre la maza antigua, aguarda su recompensa y la hora de ser dios. El viento sopla y muge, la hoguera encendida brilla al rededor del héroe, y la llama rápida lleva á los palacios divinos el alma del gran Alcides.

(2) Ese recuerdo me entenece y me conmueve, cuando él mismo, aplicando la flauta á mi boca, riendo y sentándome á su lado, cerca del corazón, me llamaba su rival y ya vencedor suyo; instruía mis labios inhábiles é inseguros para soplar un armonioso y puro aliento, y sus diestras manos, cogiendo mis tiernos dedos, los levantaban, los bajaban, y comenzaban de nuevo veinte veces, enseñándoles así, aunque débiles aún, á cerrar unos tras otros los agujeros del boj sonoro.

J'étais un faible enfant, qu'elle était grande et belle;
 Elle me souriait et m'appelait près d'elle;
 Debout sur ses genoux, mon innocente main
 Parcourait ses cheveux, son visage, son sein,
 Et sa main, quelquefois aimable et caressante,
 Feignait de châtier mon enfance imprudente.
 C'est devant ses amants, auprès d'elle confus,
 Que la fière beauté me caressait le plus.
 Que de fois (mais, hélas! que sent-on à cet âge?)
 Que de fois ses baisers ont pressé mon visage!
 Et les bergers disaient, me voyant triomphant:
 O que de biens perdus! O trop heureux enfant! (1).

Los idilios de Chénier son la parte más descuidada de sus obras, y, sin embargo, pocos poemas conocemos en francés cuya lectura ofrezca mayor atractivo; eso procede de la verdad de los pormenores y de la abundancia de imágenes que caracterizaba la poesía antigua. Se ha observado que en determinada égloga de Virgilio podrían hallarse asuntos para pintar una galería de cuadros completa.

Pero particularmente en la elegía es donde brota el talento de Andrés Chénier. Allí aparece original, allí deja atrás á todos sus rivales. Quizás la costumbre de la antigüedad nos extravía, quizás leímos con demasiada benevolencia los primeros ensayos de un poeta desgraciado; sin embargo, nos atrevemos á creer, y no tememos decirlo, que, á pesar de sus defectos, Andrés de Chénier será considerado entre nosotros como padre y modelo de la verdadera elegía.

(1) Yo era un débil niño y ella era grande y hermosa, y sonriendo me atraía hacia sí; en pie sobre su regazo, mi inocente mano tocaba sus cabellos, su rostro, su seno; y su mano, algunas veces amable y acariciadora, fingía castigar mi imprudente infancia. Ante sus adoradores, junto á ella confusos, es cuando más me acariciaba la orgullosa beldad. ¡Cuántas veces (pero ¡ay! ¿qué se sabe á esa edad?) sus besos oprimieron mi rostro! Y los pastores decían, viéndome triunfante: ¡Cuántas riquezas perdidas, oh niño feliz!

En eso es donde se ve con profundo pesar, como se encaminaba ya aquel joven talento hacia una rápida perfección. En efecto, criado entre las musas antiguas, sólo le faltaba la familiaridad de su lengua; además, no se hallaba desprovisto ni de sentimiento ni de lectura, y menos aún de ese buen gusto que es el instinto de la verdadera belleza. Por eso se ve como sus defectos se van retirando ante las más atrevidas bellezas, y si prescinde aun algunas veces de los obstáculos gramaticales, es á manera de La Fontaine, para dar á su estilo más movimiento, gracia y energía. Citaremos estos versos:

Et c'est Glycère, amis, chez qui la table est prête!
 Et la belle Amélie est aussi de la fête!
 Et Rose, qui jamais ne lasse les désirs,
 Et dont la danse molle aiguillonne aux plaisirs!

J'y consens, avec vous je suis prêt à m'y rendre,
 Allons! Mais si Camille, ô dieux! vient à l'apprendre!
 Quel orage suivra ce banquet tant vanté,
 S'il faut qu'à son oreille un mot en soit porté!
 Oh! vous ne savez pas jusq'ou va son empire.
 Si j'ai loué des yeux, une bouche, un sourire,
 Ou si, près d'une belle assis en un repas,
 Nos lèvres en riant ont murmure tout bas,
 Elle a tout vu. Bientôt cris, reproches, injure,
 Un mot, un geste, un rien, tout était un parjure.
 «Chacun, pour cette belle avait vu mes égards;
 »Je lui parlais des yeux, je cherchais ses regards.
 Et puis des pleurs, des pleurs... que Memnon sur sa cendre
 A sa mère immortelle en a moins fait répandre!
 Que dis-je? sa colère ose en venir aux coups» (1).

(1) Y la mesa, amigos, está puesta en casa de Glicere, y la bella Amelia asistirá también á la fiesta! Y Rosa, que jamás sacia los deseos, y cuya danza muelle aguijonea los placeres.

Consiento, y con vos estoy dispuesto á ir, ¡vamos! Pero si Camila,

Y éstos, en los cuales brotan, en grado igual, la variedad de los cortes y la vivacidad de los giros:

Une amante moins belle aime mieux, et du moins,
Humble et timide, à plaire elle est pleine de soins;
Elle est tendre, elle a peur de pleurer votre absence;
Fidèle, peu d'amants attaquent sa constance;
Et son égale humeur, sa facile gaité,
L'habitude, à son front tiennent lieu de beauté.
Mais celle qui partout fait conquête nouvelle,
Celle qu'on ne voit point sans dire: Qu'elle est belle!
Insulte en son triomphe aux soupirs de l'amour.
Souveraine au milieu d'une tremblante cour,
Dans son léger caprice inégale et soudaine,
Tendre et bonne aujourd'hui, demain froide et hautaine,
Si quelqu'un se dérobe à ses enchantements,
Qu'est-ce enfin qu'un de moins dans un peuple d'amants?
On brigue ses regards, elle s'aime et s'admire,
Et ne connaît d'amour que celui qu'elle inspire (1).

¡Oh dioses! llega á saberlo, ¡qué tormenta seguiré á tan famoso banquete! ¡Si llega sólo una palabra á su oído! ¡Oh!, no sabéis hasta donde alcanza su imperio. Si alabé unos ojos, una boca, una sonrisa, ó si, junto á una bella, sentado en un convite, nuestros labios al reir murmuraron por lo bajo; todo lo vió. Pronto gritos, enfados, injurias, una palabra, un gesto, un nada, todo era perjurio. «Todos por aquella hermosa habían visto mis atenciones; le hablaba con los ojos, buscaba sus miradas.» Y luego llanto, llanto... que Memnón sobre sus cenizas á su madre inmortal hizo verter menos. ¿Qué digo? Su cólera se atreve á llegar á los golpes...

(1) Una amada menos bella quiere mejor, y, por lo menos, humilde y tímida, emplea mil medios para agradar; es tierna, teme llover vuestra ausencia; fiel, pocos adoradores atacan su constancia; y su humor igual, su fácil alegría, como hábito, resplandecen en su frente en vez de la hermosura. Pero la que en todas partes va haciendo nuevas conquistas, aquella á quien nadie ve sin que exclame: ¡Qué bella es!, insulta en su triunfo los suspiros del amor. Soberana en medio de una corte que tiembla, desigual en su ligero y rápido capricho; tierna y buena hoy, mañana altanera y fría, si hay quien no reconozca sus encantos, ¿qué es al fin que haya uno menos en un pueblo de amantes? Se solicitan sus miradas, mientras ella se ama y se admira, y no conoce más amor que el amor que inspira.

Por lo general, sea cual fuere la desigualdad del estilo de Chénier, hay pocas páginas en las cuales no se encuentren imágenes semejantes á estas:

Oh! si tu la voyais, cette belle coupable,
Rougir, et s'accuser, et se justifier,
Sans implorer sa grâce et sans s'humilier!
Pourtant, de l'obtenir doucement inquiète,
Et, les cheveux épars, immobile, muette,
Les bras, la gorge nue, en un mol abandon,
Tourner sur toi des yeux qui demandent pardon,
Crois qu'abjurant soudain le reproche farouche,
Tes baisers porteraient le pardon sur sa bouche! (1).

He aquí una poesía de distinto género, que tiene tanta energía como gracia la otra. Creería uno estar leyendo versos de alguno de nuestros poetas antiguos:

Souvent las d'être esclave et de boire la lie
De ce calice amer que l'on nomme la vie,
Las du mépris des sots qui suit la pauvreté,
Je regarde la tombe, asile souhaité!
Je souris à la mort volontaire et prochaine.
Je me prie en pleurant d'oser rompre ma chaîne.
Le fer libérateur qui percerait mon sein
Déjà frappe mes yeux et frémit sous ma main;
Et puis mon cœur s'écoute et s'ouvre à la faiblesse;
Mes parents, mes amis, l'avenir, ma jeunesse,
Mes écrits imparfaits; car, à ses propres yeux,
L'homme sait se cacher d'un voile spécieux...
A quelque noir destin qu'elle soit asservie,
D'une étreinte invincible il embrasse la vie,

(1) ¡Ah! ¡Si vieses aquella hermosa culpable avergonzarse, acusarse y justificarse, sin implorar clemencia y sin humillarse! Deseosa, sin embargo, de lograrla, y dulcemente inquieta y con la cabellera suelta, inmóvil, muda, los brazos y el seno desnudos, en suave abandono, volver hacia ti unos ojos que piden perdón, cree que, dejando pronto toda recriminación feroz, tus besos llevarían el perdón hasta su boca.

Et va chercher bien loin, plutôt que de mourir,
 Quelque prétexte ami de vivre et de souffrir.
 Il a souffert, il souffre, aveugle d'espérance,
 Il se traîne au tombeau de souffrance en souffrance,
 Et la mort, de nos maux ce remède si doux,
 Lui semble un nouveau mal, le plus cruel de tous! (1).

No cabe duda de que si Chénier hubiese vivido, hubiera llegado á ocupar el puesto de uno de los primeros poetas líricos. Hasta en sus ensayos informes, se halla ya todo el mérito del género, la verbosidad, el arranque y ese orgullo ó fiereza de ideas de un hombre que piensa por sí mismo; siempre igual flexibilidad de estilo; allí imágenes graciosas, aquí pormenores expresados con la más enérgica trivialidad. Sus odas de corte antiguo, serían escritas en latín, citadas como modelos de elevación y de energía; pero, á pesar de lo latinas que son, no es raro hallar estrofas, de las cuales ningún poeta francés rechazaría el tinte firme y original.

Vain espoir! inutile soin!
 Ramper est des humains l'ambition commune;
 C'est leur plaisir, c'est leur besoin.
 Voir fatigue leurs yeux, juger les importune.

(1) A veces cansado de ser esclavo y de beber las heces de ese amargo cáliz que se llama vida, cansado del desprecio de los tontos que acompaña á la pobreza, miro hacia la tumba como asilo deseado; sonrío á la muerte voluntaria y próxima. Me ruego llorando que me atreva á romper mi cadena. El acero libertador que penetrara en mi seno está á la vista y tiembla en mi mano; y luego mi corazón se escucha y se entrega á la debilidad; mis padres, mis amigos, el porvenir, mi juventud, mis escritos imperfectos; pues, ante sus propios ojos el hombre sabe ocultarse con un velo especioso... Por negro que sea el destino que le esclavice, con invencible esfuerzo se acoge á la vida, y va á buscar muy lejos, antes que morir, cualquier pretexto amigo de vivir y de sufrir. Ha sufrido, sufre, ciego de esperanza, y se arrastra hasta la tumba de sufrimiento en sufrimiento, y la muerte, dulce remedio de nuestros males, le parece un nuevo mal ¡el peor de todos!

Ils laissent juger la fortune,
 Qui fait juste celui qu'elle fait tout-puissant.
 Ce n'est point la vertu, c'est la seule victoire
 Qui donne et l'honneur et la gloire.
 Teint du sang des vaincus, tout glaive est innocent (1).

Y más lejos:

C'est bien. Fais-toi justice, ô peuple souverain
 Dit cette cour lâche et hardie.
 Ils avaient dit: C'est bien, quand, la lyre á la main,
 L'incestueux chanteur, ivre de sang romain,
 Applaudissait á l'incendie.

No habrá opinión mixta respecto de Andrés de Chénier. Hay que tirar el libro ó resignarse á leerlo á menudo; sus versos no requieren ser juzgados, sino sentidos. Sobrevivirán á muchos otros que hoy parecen mejores. Quizás, como decía cándidamente La Harpe, porque contienen, en efecto, algo. Generalmente, al leer á Chénier, substituid á los términos que os choquen, sus equivalentes latinos, será raro que no halléis hermosos versos. Además, encontraréis en Chénier la manera franca y amplia de los antiguos; rara vez vanas antítesis, más á menudo ideas nuevas, pinturas vivas, en todo la huella de esa sensibilidad

(1) «¡Vana esperanza, inútil cuidado! Arrastrarse es de los humanos la ambición común; su placer, su necesidad mayor. Ver, les cansa los ojos; juzgar les importuna. Dejan que juzgue la fortuna, que hace justo á quien concede el mayor poder. No es la virtud, es sólo la victoria quien da honor y gloria. Teñido en la sangre de los vencidos, todo puñal es inocente.»

Y después:

«Está bien. Hazte justicia, ¡oh pueblo soberano! dijo aquella corte cobarde y atrevida. Los otros habían dicho: Está bien, cuando, con la lira en la mano, el incestuoso cantor, embriagado de sangre romana, aplaudía el espantoso incendio.»

profunda sin la cual no hay verdadero ingenio, y que quizás constituye de por sí al genio. ¿Qué es, en efecto, un poeta? Un hombre que siente con intensidad, y que expresa sus sensaciones en un lenguaje expresivo. La poesía casi no es más que un sentimiento.

Hay en la nueva generación, nacida con el presente siglo, principios de grandes poetas.

Esperad algunos años aún.

Los hijos de los dientes del dragón no necesitaban haber salido enteramente de la tierra para que se reconociese que eran guerreros; y bastaba sólo ver las manoplas de Erix, para juzgar de las fuerzas del atleta.

A UN TRADUCTOR DE HOMERO

Los grandes poetas son como las montañas; tienen muchos ecos. Sus cantos se repiten en todas las lenguas, porque sus nombres se hallan en todos los labios. Homero debió, más que cualquier otro, á su inmensa fama, el privilegio ó la desgracia de innumerables intérpretes. En todos los pueblos, impotentes copistas é insípidos traductores han desfigurado sus poemas, y desde Accio Labeo, que exclamaba:

«Crudum manduces Priamum Priamique puellos;»
Cómete crudos á Priamo y á sus hijos;

hasta aquel buen contemporáneo de Marot que hacía decir al cantor de Aquiles:

«Lors, face à face, on vit ces deux grands ducs
Piteusement sur la terre étendus;» (1)

desde el siglo del gramático Zoilo hasta nuestros días, es imposible calcular el número de los pigmeos que intentaron en vano levantar la maza de Hércules.

Creedme, no os mezcléis con esos enanos. Vuestra traducción está aún en cartera; ¡qué dichoso sois de poder quemarla todavía!

¡Una traducción de Homero en versos franceses!
¡Es monstruoso é insostenible! Os afirmo, en conciencia, que me indigna vuestra traducción.

(1) Entonces, cara á cara, se vió á los dos grandes duques miserablemente echados en el suelo.